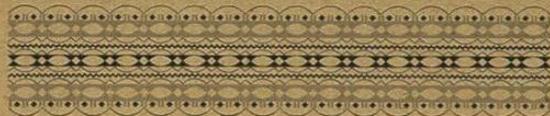


CONFESIONES DE UN CONFERENCIANTE



ENRIQUE Heine compara ingeniosamente el estado de ánimo de un condenado á muerte con el de uno que va á sacarse una muela.

A mí me parece que la comparación puede subsistir y aplicarse al de un conferenciante, sobre todo, si ha de hablar en un teatro, donde también el orador ha de subir á un tablado, acercándose á una especie de patíbulo, cubierto con un tapete verde, arriesgando asimismo la pérdida de la cabeza.

Por esto, tiene razón un amigo mío que llama *Capilla* al vestuario del tenor ó la tiple, en el cual el orador esperado, espera á su vez, disimulando su temblor, el momento fatal. ¡Qué tremendos cuartos de hora he pasado en semejante lugar! ¡Ahora me ad-

miro de haberme dejado arrastrar á aquel instante y me roe las entrañas el despecho!

—¿Pero, te has vuelto loco?

—¡Pero, se necesita tupé!

—¡Pero, merecías que te silbaran!

Y de los infinitos temores que me asaltan, el más fuerte es el de equivocarme, sobre todo, desde que en un banquete que se dió en mi honor en *el otro mundo* por querer decir:

—“Señores, no puedo *dirigiros* otras palabras...” se me escapó decir:—“Señores, no puedo *digeriros*...” ¡Ay de mí, triste recuerdo!

Siempre que viene á mi memoria semejante caso, me repongo de mis temores; porque sea como quiera, y dígase lo que se diga, el miedo al público es una bellaquería sin perdón de Dios, y sin tener siquiera la disculpa de la modestia. Puesto que no viéndose nadie obligado á hablar, si se atreve á ponerse delante de mil personas para charlar como un orador, demuestra un sentimiento de sí propio que le quita todo derecho á la indulgencia.

*
* *

¡Adelante, pues, ánimo! He ahí los mil

rostros y el gran silencio. Y de nuevo se apodera de mí un maldito tic-tac que haría correr la pluma de un cartógrafo con tal rapidez que daría miedo. Pero es cosa de pocos segundos. La vista de una cara burlona ó malévola (nunca hay necesidad de buscarla), sobre la cual lea yo el vivo deseo y la esperanza de verme fracasar, basta para encender en mí de pronto un valor lleno de orgullo y puntilloso, capaz de afrontar un tropel de críticos armados de tremendos puñales.

Y por aquel desconocido del momento, casi me olvido del público en general, ó mejor dicho, él solo se convierte en todo mi auditorio, en mi juez, en indicador vivo de mi bueno ó mal éxito; de tal modo que mis propósitos se reducen á obligar á que cese aquél de sonreír, que atienda, que muestre emoción y benevolencia, ó al menos, ya que no otra cosa, despecho por sentirse conmovido á su pesar y víctima de la adhesión que pretendía negarme.

Pero como quiera que mirar á una sola persona sería ridículo, y vagar con la vista distrae, me fijo desde las primeras palabras en cuatro semblantes de oyentes, distribuidos en alto, en bajo, á derecha y á izquier-

da, sobre los cuales dirigiré alternativamente la mirada, dándome aires de cierta desenvoltura propia de un arengador popular. Pero, algunas veces elijo mal.

Una noche tomé por uno de los puntos cardinales, en el patio, á un señor gordo, que, vencido por la fascinación de mi palabra, se durmió. Otra vez (en un teatro de Montevideo), elegí un vejete elegante, el cual, azarado desde el principio por verse mirado á cada terminación de cláusula, manifestó marcadas muestras de impaciencia, hasta que tomó el sombrero y se marchó bruscamente, á la mitad de un período patriótico. Y hasta me ocurrió un caso más singular, en el mismo sitio: miraba á una hermosa señora como de cuarenta años, atentísima, pero que parecíame que se reía, y lo que es peor, que se reía en los momentos solemnes ó en los rasgos más conmovedores (á mi juicio) de mi oración; y esto, me turbaba y llenaba de despecho. Y estuve á punto de cortarme y perder los estribos al verla reír con motivo de la muerte de José Mazzini... cuando de repente, con gran asombro mío, sacó el pañuelo y se lo llevó á los ojos. Era uno de esos rostros extraños en los que la expresión de la risa y la del llanto, se pare-

cen de tal modo, que, vistos de lejos no se distinguen las lágrimas de las sonrisas. Aquel pañuelo me confortó. Pero la distracción desagradable me había hecho desperdiciar precisamente el mejor paso de la conferencia.

*
*
*

Por lo demás, durante toda la charla, me encuentro en un estado parecido al de un hipnotizado parlante; fuera de los cuatro rostros cardinales y de el del enemigo desconocido, casi no veo nada. Ya es mucho que se me aparezcan en el espacio de una hora, como iluminados por un relámpago cuatro ó cinco semblantes más, dentro de aquella especie de densa nube que me envuelve y confunde todo. Y cosa curiosa: los aparecidos, son, por lo común, oyentes lejanos, figuras nunca vistas que, sin embargo, se me quedan impresas para siempre; mientras que hileras de rostros conocidísimos, á cinco pasos de mí, amigos que tengo á mi alrededor, que casi tocan con mi cuerpo, no los veo; y si los veo, no los reconozco, cual si fueran cuerpos sin cabeza. ¡Tanto puede en nosotros el miedo á nuestros semejantes!

Así, no sabré decir si en esta ó en la otra parte de mi discurso significaron muestras de aprobación veinte ú ochocientas manos, y rieron de todo corazón mil oyentes ó se burlaron diez. Para mí la medida del efecto está en la mirada: cuando mis cinco elegidos mantienen sus ojos fijos en los míos, dilatadas y encendidas las pupilas como si cada uno de ellos escuchase un discurso apasionado dirigido á él solo; ó cuando al final de una frase veo, así, confusamente que muchos en un momento dado se mueven como en acto casi instintivo, volviéndose á buscar reflejada en la cara del vecino la expresión del sentimiento propio, entonces, sólo entonces estoy seguro de haber puesto el dedo en la llaga. Y entonces también, como hace el que ha superado un peligro después de haber experimentado una gran opresión, me abandono por un momento á una tan imprudente petulancia, que me lleva hasta arriesgarme alguna vez á hacer conmigo mismo pequeñas baladronadas, á añadir, á cambiar, á echar á la ligera palas y medias suelas lustrosas en las roturas del calzado oratorio.

*
* *

—¡Hola, conque recitas de memoria, impostor!

No.

Sí.

Es decir, no, no lo sé á punto fijo.

Cierto que la pluma ha trabajado primero; pero en el momento de hablar me parece que la memoria no toma siquiera una mínima parte; y que es otra facultad, que no sabré clasificar, la que me ayuda. Parece concebir la oración una segunda vez, no reteniendo del primer discurso otra cosa que lejanas reminiscencias; no pudiéndome servir ni valer de ningún artificio mnemónico. Si terminada una frase no viene á mis labios la siguiente como llevada por la mano, es inútil que la busque; antes por el contrario, si la busco, estoy perdido; porque se produce inmediatamente en el pensamiento una confusión tempestuosa en la cual, no sólo se me escapa aquella frase, sino todo lo demás, andando á ciegas ya para lo que me resta por decir, perdida la razón, en la obscuridad y como un náufrago.

Y... Dios os libre, señores. Cuando tropiezo, no me queda más remedio que saltar á pie juntillas por encima del período ó el párrafo cuya primera palabra se me escapó.

Muchas veces me encuentro así, al borde del abismo, con un sentimiento de terror que me hiela la sangre en las venas; mas, desafiando á mi enemigo que me desafía, hallo fuerzas para vencer mi turbación, y antes que los oyentes lo adviertan he realizado el salto mortal y estoy sano y salvo á la otra orilla. Casi siempre, además, sucede á una de estas instantáneas obscuridades de la memoria, una lucidez extraordinaria, producida acaso por la alegría de la salvación; un sentimiento de triunfo, de seguridad y libertad, que me causa el efecto de ver todo escrito delante de mis ojos en gigantescas letras de fuego, y como si no tuviese más que leer en medio del ambiente.

Entonces comienza la lucha con la Furia. Se podrían dividir los hombres, respecto al temperamento, en dos grandes clases: los que hablan despacio y los que hablan de prisa.

Pertenezco á los segundos y siento verdadera aversión hacia los que hablan lentamente; no sólo porque me consumen la paciencia, sino porque me parece que la embrocación ó derrame oratorio, cuando nace de dificultades, se deriva de una soberbia estimación de sí mismo y del valor que se trata de

dar á cada palabra. Prefiero también la rapidez porque veo que la pasión, que siempre es elocuente, habla siempre presto, y siempre claro sin embargo. Claro está que hablo de correr, pero no de ir á romperse la crisma. Yo acostumbro tener en la mano una hoja, en la cual cree la gente que hay notas, mientras que no se encuentran escritas más palabras que: "Ve despacio," repetido diez veces.

Y también encargo á un amigo que se siente allí delante, para que yo lo vea bien y que de vez en cuando me haga el efecto del cochero que tira de las riendas al cuadrúpedo á fin de que no se desboque. Pero, todo inútil: las palabras y los períodos salen en montón atropellándose y precipitándose como torrente por una cascada abrupta de piedras puntiagudas. Bernardino Grimaldi se me quedaría atrás; los taquígrafos me mandarían al diablo; y cuanto más rápido voy, mientras la lengua y los músculos de la cara y los nervios y la sangre me parece que me obligan á precipitarme más y más, aunque no me abandone una cierta claridad de inteligencia para comprender que aquello va mal, siento, sin embargo, aguda voluptuosidad en aquella furia, como en carrera

vertiginosa y sin esfuerzo, semejante á un vuelo en que arrastrase tras de mí á compacta muchedumbre, ébria ella también y feliz en la aérea excursión...

*
* *

Después... después vendrán los amigos á censurarme acremente, y me arrepentiré, de fijo; pero, entre tanto; ¡qué placer!

Esto, sin embargo, no es más que un placer físico. La alegría suprema y sublime, algunas veces violenta hasta el dolor, se experimenta cuando en la exposición de un grande acontecimiento ó de una serie de sentimientos nobles y afectuosos, se levanta el ánimo fulgurante, logrando apoderarse del auditorio, aunque no sea sino por breves momentos. Y he observado que cualquiera que sea el arte del que habla, si su oratoria es clara y profunda, su emoción se transfunde á los oyentes: basta que el auditorio vea y sienta que el orador palpita, tiembla, sufre, llora por dentro: no es la palabra, en tales instantes la que dice más: es la música de la voz, la luz de los ojos, la transfiguración del

semblante: es la elocuencia magnética que vence á todos porque brota de las íntimas fuentes de la vida.

Puedo recordar pocos de estos momentos. Pero son de aquellos en que he vivido más poderosamente en mi existencia, en los que he amado más sinceramente mis ideas y á mis semejantes, en los que he sido más capaz de obras dignas de las palabras y menos indigno para hablar de la patria. Ciertamente que no hay fuerza que mueva el entusiasmo y la inspiración como el sonido de nuestra propia voz, repercutido en el alma de la muchedumbre.

¿Quién puede definir el estado psicológico del hombre en aquellos momentos, si él mismo no se acuerda después de ese estado sino como de un sueño misterioso?

Siento entonces resonar una voz que me parece de otro, con notas é inflexiones que no he oído jamás, veo una mano que se agita en el aire con ademanes que nunca he acostumbrado usar, y comprendo por la expresión de los semblantes, que reflejan la expresión del mío, que debo estar pálido con la blancura de los muertos. Todos temen, y leo en el rostro de un amigo la esperanza y el deseo de que pueda yo continuar, sin cor-

tarme, y el miedo de que una conmoción inesperada no confunda mi mente y sofoque mi voz.

Adivino esta inquietud en los ojos de un amigo que está en primera fila y hago un acto de vigorosa resistencia sobre mis nervios. ¡Sería una cosa tan triste, con efecto!

Pero la voz se asegura, la inteligencia se aclara, resurgen las fuerzas nerviosas, redoblándolas súbitamente la idea de que en breve se tocará al final del discurso, la meta ansiada, el término de aquella enorme fatiga de todas las potencias vitales. ¡Sús, un impetuoso esfuerzo más para no dejar que se escapen de nuestra mano todas aquellas almas antes de pronunciar la última palabra!... ¡un esfuerzo, aunque sea preciso para él caer seco y aniquilado en el último instante, temblando la palabra final en nuestros labios!...

¡Se acabó! ¡Ah, quien es capaz de percibir las muestras de aprobación en aquel inmenso suspiro del alma libertada! Y sin embargo, me acuerdo siempre de que en aquel punto, he buscado afanoso la cara malévola del oyente entre mi auditorio, para decirle con una mirada:—¿Y bien?... Será otra vez... ¡Buenas noches!...



Pero entonces principia una nueva prueba.

Mientras salgo rendido, todavía temblando, he aquí un Tal en los pasillos, que rompe el círculo de mis amigos, y aferrándose por el cuello, exclama:—¿Pero usted no me reconoce? ¿No se acuerda que comimos juntos con Fulano y Zutano hace diez y ocho años en Florencia una tarde de Carnaval, en la fonda de los *Resucitados*, en la sala segunda, la del comedor, á la derecha? ¿No se acuerda usted? cerca de la ventana; haga memoria; es imposible que haya olvidado la fecha del 29 de Enero de 1869, cuando cantaban el *Ruy Blas* en el teatro Pagliano, una noche que nevaba... que comimos filetes de ternera, ¡qué diantre! acuérdesse usted... fíjese un poco... ¿no?...

Y no bien libre de este majadero, se aproxima otro con lápiz en ristre y unas cuartillas pequeñas en la mano, insinuando con tono amistosamente imperativo:—Hágame usted el favor de repetirme exactamente aquella frase que ha dicho sobre el carácter del conde de Cavour, porque la necesito, por esto y lo otro... No, no dijo usted eso, dígame las mismas palabras; usted me cambia las palabras, yo necesito que me diga ab-so-lu-ta-men-te las mis-mí-si-mas palabras.

Y hay otro que todavía en caliente, se apodera de uno para emprenderla á discutir: — Usted ha dicho que Garibaldi se embarcó en Nueva-York para Chile el día tantos de tal mes y de tal año, y se ha equivocado; puedo y quiero probar que la verdadera fecha del embarque, errónea en todas sus biografías...

¡Y las enhorabuenas de los amigos!

Uno se llega con verdadera efusión que nace del fondo de su alma: — ¡Que hermosa voz! Yo no le había oído nunca á usted; tiene usted una voz parecida á la del diputado Chiaves; pero la de Chiaves es más sonora, más oratoria, diría yo, más entonada... Por lo demás pronuncia usted muy bien. ¡Ah, si hubiese usted oído á Fernando Martini!

Vienen luego los desconocidos que se le pegan á uno para pedirle un consejo acerca de una conferencia que piensan dar sobre el mismo asunto; ó que piden una cita para hacerle á uno tragar un trozo de su prosa; ó que reclaman el manuscrito ó los apuntes para tomar notas; ó una nueva tontería más para un álbum; ó al menos un abrazo fraternal, y á veces... hasta lo esperan á uno á la salida, y en medio de las sombras, lo asaltan murmurando: — ¡Usted que ha hablado con

tanto corazón, bien podía darme cinco pesetas!

Se me olvidaban los medio-amigos que, exaltados por tal ó cual apreciación política ó literaria del discurso, vienen á propósito á colocársele á uno al paso, para gozar expresamente del placer de volverse de espaldas. ¡*Suavissimi mores!*

*
* *

En resumen: una *lata abominable* como dicen ahora los españoles, y un gran riesgo siempre aun para los conferenciantes más atrevidos. Porque el éxito, entre otras cosas, depende también en gran parte de la entrada; es decir, de la primera acogida del público, la cual á su vez, además de la previa disposición de ánimo en que se encuentra con respecto á la persona del orador, y con respecto al asunto que trata, depende también de la cara que Dios ha dado al conferenciante y del singular aspecto con que la presenta al auditorio. ¡Ah, qué amena sería la historia

de las *entradas*, si altas razones no me impidiesen contarla por entero!

Me acuerdo, por ejemplo, de una sala llena hasta los topes donde no habiendo mas puerta que la del público, tuve necesidad de penetrar á fuerza de codazos en medio de la multitud, entre cuya gente nadie me conocía; y uno de los incomodados me gritó:— ¿Á dónde quiere usted meterse; váyase á su puesto; supongo que no habrá usted pagado más que los otros?

Recuerdo también una conferencia improvisada, al aire libre, en la cual hice mi *entrada* subiéndome á una tribuna que se movía como un barco, dejando ver entre los tablones mal unidos un fondo amenazador debajo de mis plantas, y ¡lo que son las cosas! mi tenacidad en mirar á mis pies sospechosamente, fué interpretada por síntoma de extraordinaria modestia, y me valió un calurosísimo aplauso con que entendía el público que me animaría: y á la verdad, que sin él y con mi preocupación, habría hecho la triste figura durante la perorata.

También recuerdo haber llegado un poco tarde á un vasto Circo tumultuoso, ocupado por una compañía ecuestre, en el cual, para ir hasta el escenario, me vi obligado á atra-

vesar por las cuadras, á obscuras, afanosamente, pisando acá y allá todo género de inmundicias, entre dos hileras de caballos, elefantes, patos, perros, que me saludaron con un concierto infernal.

Pero lo más digno de recordarse, fué la *entrada* en la gran sala de una sociedad Filarmónica, cuyo nombre no viene á mi memoria en este momento. Desde una habitación contigua percibía yo, antes de entrar, el murmullo intenso de la muchedumbre.

Un queridísimo amigo, me dijo al oído:— Tén cuidado, sé que eres muy zorro, pero... á pesar de todo, ve preparado para un chubasco, porque... aprovecharán la ocasión, ¿comprendes? Yo sonreí señalando mis canas.

Pero cuando me presenté á aquellos dos mil oyentes entre los cuales brillaba cuanto hay de más hermoso, de más noble, de más generoso y genuinamente italiano en aquella ciudad italianísima; cuando recibí en la frente el soplo cálido y sonoro que surgió de aquellas almas, no pude resistir: sentí como una conmoción eléctrica que hizo bajar mi cerviz, y una voz que me gritó:— ¡Arriba, alzáte, que no es á tí, eso es á la patria que representas!...— ¡Ah, sí;

gracias en su nombre, hermanos míos, sangre de mi sangre, bendito suspiro y esperanza nuestra! ; Vive el cielo que habrá de llegar aquel día bendecido y suspirado! (1)

(1) El autor debe aludir sin duda á la ciudad de Trieste.



DISCURSO Á LOS ESTUDIANTES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO